

Acompañan su voz los tripulantes.
Gabriel y los Custodios la noticia
De enviar al cielo cuidan anhelantes.
Satanás deja el campo á su milicia,
Por no ver á sus émulos triunfantes,
Y vuela á España donde la codicia
Y envidia de magnates y señores
Le alistarán ejércitos mejores.



SUMARIO.

Continúa la navegación.—Felicitaciones mútuas.—Precauciones del Almirante.—Medidas prudentes que toma.—Actividad de los marineros.—Amanece.—Un cañonazo anuncia que la tierra está á la vista.—La tripulación de la «Santa María» se presenta en cuerpo á Colón, dándole la enhorabuena.—Himno de alabanza.—Se va á abordar la isla.—Aspecto de ésta.—Los demonios buscan á Satanás, y no lo encuentran.—Se irritan contra él.—Se acuerda su deposición.—Vuelan á ejecutarla.—Se detienen los nautas.—Se echan al mar los botes, que han de servir para el desembarque.—Todos se visten de gala.—Saltan á tierra.—El Almirante y los demás á su ejemplo la besan tres veces.—Oracion que le dicta su piedad.—Es conducida por Gabriel á los cielos.—Llama á la Isla «San Salvador.»—Toma posesión de aquella tierra.—Mientras se extiende el acta, Colón recorre parte del bosque.—Aparecen medrosos algunos insulares.—Cobran ánimo hasta tocar los vestidos y cuerpos de los que creen dioses ó enviados suyos.—Aspecto de los habitantes de la isla.—Gozo del Almirante al contemplarlos.—Los obsequia con bagatelas que ellos tienen en gran estima.—Se le avisa que ya está acabada la Cruz que mandó construir.—Preside la ceremonia de la elevación de la Enseña redentora.—Entona el *Vexilla*.—Todos hasta los salvajes le hacen coro.—Se resuelve seguir adelante.—Amargura de los insulares.—Los jefes le presentan varios obsequios, entre ellos un ídolo de oro.—Discurso de Guanhani.—Respuesta de Colón.—Orden de marcha y fines que se propone.—Concluye la primera parte del poema.

I

Después de que los bravos marineros
Levantaron á Dios los corazones
Y alabaron su nombre, de sinceros
Afectos en sublimes efusiones,
De sus bondades nuevos pregoneros
En aquellas incógnitas regiones,
Se echó á bogar la corta hueste pía
En no surcados mares de alegría.

II

Nunca sus almas, nunca, han disfrutado
 Del bienestar dulcísimo que ahora
 En que ven realidad lo que soñado
 Creyeron á la faz aterradora
 Del espantoso abismo; lo pasado
 Que desventuras tantas conmemora,
 Cuando acaba de ser, no deja en ellas
 De su negror caótico ni huellas.

III

Todos se congratulan mutuamente
 Y dan la enhorabuena, la delicia
 En que anegado el ánimo se siente,
 Significando en cordial caricia,
 Franco abrazo, ó un ósculo en la frente,
 Señal de paz á la amistad propicia.
 Lo que éste piensa, piensan de consuno
 Los demás, y parecen todos uno.

IV

Su gozo crece instante por instante
 Según van marchitándose las rosas
 Del Alba, al ascender el sol radiante,
 En perlas coronado esplendorosas,
 A las puertas de oro del Levante;
 Poco á poco á su luz se ven las cosas
 Más distintas en formas y contornos,
 En magnitud y en variedad de adornos.

V

En tanto regocijo, sus deberes
 No olvida el Almirante. Las comarcas
 Que ya aborda, mansión de humanos seres
 ¿En qué actitud recibirán sus barcas?
 ¿Se armarán valerosas? ¿ó á placeres
 Entregados sus débiles monarcas,
 Sin pensar si es amigo ó enemigo
 Quien venga en ellas, le darán abrigo?

VI

Pues la prudencia lo aconseja, manda
 Las velas amainar dejando el trece
 Nada más, con que juega brisa blanda;
 Al paio se ha de estar—que en balanceo
 La nave más velera poco anda,—
 Mientras el día en pleno centelleo
 Los vastos horizontes ilumina,
 Y sombras y penumbras extermina.

VII

Ordena cuanto mira á la defensa:
 Limpiar los arcabuces, los cañones
 Y los sables fulmíneos, aunque piensa
 Que empleo no tendrán; las municiones
 De guerra preparar que ya la densa
 Herrumbre cubrirá. Sabias lecciones,
 En fin les dicta, reglas convenientes
 A su conducta con las nuevas gentes.

VIII

Las abejas á la hora de faena
Se ponen en activo movimiento;
Y unas chupan la miel de la azucena,
Del arrayán, del mirto; y otras ciento
Extraen de mil plantas, con la antena,
La cera de su hogar revestimiento,
Y alegres van y vienen con ruido,
Del colmenar al campo florecido.

IX

Así los tripulantes al mandato
Del egregio Almirante,—de alegría
Sin substraerse al sentimiento grato,—
Cuáles bruñen las armas de bugía
Crepitante á la luz, cuáles el ható
Del arsenal remueven á porfía,
Y cuentan los cartuchos y las balas
A que dará tal vez la pólvora alas.

X

A tiempo de quedar ejecutadas
Las órdenes supremas, el sol claro
Se presenta á las ávidas miradas
Con todo su esplendor, como astro raro
Brotando de las ondas, á incendiadas
Llanuras semejantes. Un disparo
De cañón lo anunció, cuando himnos suaves
De fiesta, ya asordaban las tres naves.

XI

Los que en la nave van que á todos guía,—
Sin que falte Roldán,— á la presencia
De Colón, por deber ó cortesía,
Comparecen y préstanle obediencia
De nuevo, como cuadra á su hidalguía;
Y á su genio inspirado por la ciencia
O por la fe, de admiración tributo
Rinden, al ver de su constancia el fruto.

XII

El los oye benigno, y bondadoso
Los inclina á creer que en tanta gloria
Son parte principal, con no dudoso
Título de justicia, que la historia
Consignará imparcial como un hermoso
Ejemplo digno de inmortal memoria.
Y “alabad al Señor” en frase breve
Añade—“que al Señor todo se debe.”

XIII

Y mirando la tierra que á distancia
De tres millas espléndida descuella:
“Alabadlo”—repíte—ante la estancia
Con que nos brinda, encantadora y bella.
Vuestros himnos enviadle en la fragancia
Que despiden los árboles en ella,
Las apiñadas flores ambarinas
Que sus prados alfrombran y colinas:”

XIV

“En los dulces gorgoros de sus aves,
 En los murmullos de sus mansas fuentes,
 En los rumores de sus auras suaves,
 En la solemne voz de sus torrentes
 Y en las acordes resonancias graves
 Del conjunto de cosas y de gentes.
 ¡Alabad al Señor! y caminemos,
 Y esas playas felices abordemos.”

XV

El Capitán comunicó sin duda
 Orden de ir adelante, pues la escena
 En las tres naos súbito se muda.
 La blanca loña cuando el pito suena
 Ya como ampolla se infla con ayuda
 De vientos que se dan la enhorabuena,
 Y las jarcias rechinan y las sondas
 Tantean sin cesar las simas hondas.

XVI

Las aguas se abren borbotando espumas
 Que se juntan á proa, resplandeciendo
 Como heridas del sol ligeras brumas,
 Como sartal de perlas estupendo,
 Al resbalar veloces como plumas
 En la blanca llanura sin estruendo
 Los barcos avanzando. A cada milla
 Que andan, la tierra más se agranda y brilla.

XVII

Se ven á poco las blanquizcas peñas
 De la playa y los árboles sin euento
 De sus vírgenes selvas zahareñas,
 Que el papagayo asorda con su acento;
 Cuyas copas alzándose risueñas
 Parecen escalar el firmamento,
 En que lucen sus tintes matizados,
 Del verde obscuro al verde luz por grados.

XVIII

Cuanto la vista abarca, de montañas
 No presenta apariencia, aunque se extienden
 O extenderse parecen sus campañas
 Sin fin á Norte y Sur, según entienden
 Pilotos, enemigos de patrañas;
 Por más que los perspicuos ojos tienden,
 Ansiosos de poblar sus soledades,
 No encuentran ni vestigios de ciudades.

XIX

Adentro, más allá de las orillas
 Y los bosques colúmbranse praderas
 De flores blancas, rojas y amarillas,
 Indicio de eternas primaveras
 Al lado de otoñales maravillas;
 Y filtrarse á través de enredaderas
 Se ven de cuando en cuando desde lejos
 De cristalino lago los reflejos.

XX

Queden los navegantes en camino,
Mas y más acercándose, gozosos,
Siempre amparados del favor divino
Y de próspero viento, á los hermosos
Lugares en que empiezan su destino
Y sublime misión á ser gloriosos.
Qué han hecho las legiones infernales
Sin Satanás, aprendan los mortales.

XXI

Después de que brilló la luz que fuera
A Colón cual la estrella que á los magos
Dió hacia Betlén la ruta más certera,
Los espíritus pérfidos y vagos
Que vencidos se ven, de lucha fiera
Sin haberse gozado en los estragos,
Van á Luzbel en busca de consuelo,
Ido ya lejos á ocultar su duelo.

XXII

Al sentirse burlados de tal suerte
Por el émulo antiguo del Eterno,
La rabia en que se abrasan se convierte
En horrible tortura que al infierno
Desconocida fué. Si de la muerte,
Ariete destructor del ser exiérno,
Pudieran ser tocados, ellos mismos
Se echaran de la nada en los abismos.

XXIII

El ángel más audaz, el que ambiciona
El trono odiado: "¡Miserable," exclama,
Rey indigno del cetro y la corona!
Al combate con énfasis nos llama,
Y bajo, sin pudor, nos abandona,
Y deja el campo por la negra llama
A un débil hombre el que á Miguel glorioso
Resistió, siendo Arcángel poderoso."

XXIV

"Volemos á rasgar su investidura,
Acá ó allá se encuentre el excecando.
Somos los más, y el éxito asegura
La sola mayoría á cualquier bando.
Cada uno de nosotros á su altura
Puede subir, y con honor el mando
Desempeñar. Y tiemble el Almirante
Si torna el nuevo rey aquí triunfante."

XXV

No hay en el mundo cosa que dé idea
De la gran rapidez con que camina
La negra tropa: ni la luz febea,
Ni el rayo, ni la voz, ni la ambarina
Fragancia, cuando libre centellea,
Truena, vibra ó trasciende. Se adivina,
Por el placer creciente que se nota
En los nautas, su ausencia de la flota.

XXVI

Un poco más, y es su placer locura,
 Pues se manda amainar ya de la playa
 A tiro de arcabuz. Grande cordura
 Es antes de salvar el linde ó raya
 De nueva tierra, culta ó sin cultura,
 Ponerse vigilante en atalaya,
 Y ver si de la guerra la fatiga
 Prefiere, ó de la paz se muestra amiga.

XXVII

Era la tierra una isla á que el deseo
 Dió la forma del bello continente
 Que adelante se oculta giganteo.
 Ya de cerca ¡qué fresca y sonriente
 Naturaleza! su mejor arreo
 Luce en bosque apretado y floreciente
 De cedros, de palmeras y caobos,
 De cactus, cocoteros y algarrobos.

XXVIII

Contemplando Colón tanta hermosura,
 Aunque atónito observa sin embargo
 Que en abordar sus costas no aventura,
 Pues nadie de impedirlo se hace cargo.
 Brillar no ha visto casco ni armadura
 De guerreros durante el tiempo largo
 Que ha temido resurja de entre el agua
 Nave de bordo ó rústica piragua.

XXIX

Y luego manda echar al mar los botes,
 Tantos días inútiles é inanes;
 Y obedecen su voz los galeotes.
 Fuerte escolta los nobles capitanes
 De la "Pinta" y la "Niña," cuyas dotes
 Militares y urbanas á sus planes
 De paz cuadran, aprestan á su imperio.
 Tal vez se vean en conflicto serio.

XXX

El abordaje intentan; revestidos
 Todos de gala, llenos de alegría,
 Desfilan animosos, y ceñidos
 De armas cuyo esplendor afrenta el día;
 En los ligeros barcos embutidos
 Presto atracan entre himnos de armonía,
 Que parecen de Arcángeles, no de aves
 De bienvenida ditirambos suaves.

XXXI

Descuella el Almirante majestuoso;
 Su interior regocijo se retrata
 En su rostro sereno; lleva airoso
 Jubón azul con brichos de oro y plata;
 Y flota en sus espaldas manto undoso
 De terciopelo tinto en escarlata.
 Parece rey, después de la victoria
 Que entra en su reino, coronado en gloria.

XXXII

El real estandarte, que de Cristo
Lleva la imagen, en la diestra toma,
Y con ardor, en jóvenes no visto,
Del bote la Deífera Paloma
Vuela á la playa, como nadie listo,
A pesar de que ya la nieve asoma
En los rubios cabellos, con tesoro
De hilos de plata realzando el oro.

XXXVIII

Así león de Libia transportado
Con su hembra á climas donde no halla iguales,
A la vida común acostumbrado,
Si en ásperos peñascos y breñales
Se pierde, y ruge de ella separado,
Porque acuda al remedio de sus males,
Al sentirla rugir en la floresta,
De un salto salva la montaña enhiesta.

XXXIV

Lo siguen los demás, marchando al frente
De la noble columna los hermanos
Martín Pinzón, Iañez Pinzón Vicente,
Después de él los primeros, cuyas manos
De la sagrada expedición ingente
Tremolan la bandera, que en los vanos
Aires flota, anunciando á aquella orilla
El triunfo de Colón y de Castilla.

XXXV

¡Oh momento feliz! El Almirante,
Inundados en lágrimas los ojos,
Lágrimas de ventura y de anhelante
Gratitud, en el suelo los hinojos
Humilla, y á su ejemplo edificante
Todos hacen lo mismo, y en arrojos
De entusiasmo la nueva tierra toca
Tres veces con el beso de su boca.

XXXVI

Extendidos los brazos hacia arriba,
Arranca al corazón esta plegaria
Que Cortez y Pizarro, si lasciva
Aura los lleva á tierra legendaria,
Por conservarla en la memoria viva,
Repetirán igual, aunque la varia
Suerte riegue á su paso gayas flores,
O los envuelva en bélicoe horrores:

XXXVII

“Señor, Eterno Dios, Omnipotente,
Que por el Verbo que tu mismo asiento
Ocupa, Luz de Luz indeficiente,
Creaste el mar, la tierra, el firmamento,
Sea glorificado eternamente
Y bendito momento por momento
Tu nombre en todas partes, y ensalzada
Sea tu Majestad y venerada.”